

se ponen a disposición del lector las variantes que se han seguido respecto del texto fijado por W. D. Ross, y varios índices de pasajes y nombres citados que se encuentran al final del volumen.

Por un lado, el acceso crítico-textual y, por otro, el deseo de adentrarse y discutir en debates contemporáneos de «Filosofía de la mente», llevan a Boeri a discusiones muy interesantes y de relevancia filosófica. Por ejemplo, alrededor de la pregunta que formuló Alan Turing en la revista *Mind* en los años 50 de si «¿Pueden pensar las máquinas?» (pp. xxiv-xxv). Aunque son patentes los avances en el campo de la inteligencia artificial y en las ciencias que relacionan conocimiento y computación, en ambos casos se parte del presupuesto de que el *sopore* de la mente o alma humana, no es un obstáculo real para que esa «misma» mente sea trasladada a un computador, y realice las mismas o parecidas «operaciones». Según Boeri, el estagirita no aceptaría nunca esto, debido a que para él la *psyché* está en estrechísima (si no esencial) relación con el «cuerpo natural orgánico que tiene la vida en potencia» (DA 412 a 17) al que está unida. Un posible puente entre ambas posturas que se examina es la noción de «función» o *ergon*, propuesta que, avisa Boeri, no está exenta de dificultades (véanse puntos 1.1-1.3, pp. xx-lxxx de la Introducción).

A partir de la lectura del libro, uno sale con la idea de que Aristóteles tuvo la ge-

nialidad de asentar sobre suelo sólido los principios de una posible psicología. Digo principios, porque su investigación se queda corta en muchos aspectos (por ejemplo, las funciones que asigna al cerebro y al corazón). No obstante, los principios que propone Aristóteles tienen la ventaja de huir del reduccionismo, tanto del burdo materialismo que ignora o esconde determinados fenómenos para justificar sus teorías, como del dualismo radical, que obvia la necesidad del cuerpo para la mayoría (si no todas) las operaciones anímicas o psíquicas. Resultan, por ello, interesantes los comentarios de Boeri acerca de la mutua dependencia de senso-percepción e intelecto (agente y paciente) para dar cuenta de la complejidad del conocimiento y del actuar del ser humano (pp. cxxiii-ccxiv de la Introducción).

Recomiendo su lectura atenta a todos los interesados en el pensamiento aristotélico y el aristotelismo posterior, así como a los filósofos dedicados a las áreas de historia de la filosofía antigua, psicología, filosofía de la naturaleza, filosofía de la mente, teoría de la acción, ética y filosofía de la ciencia. A mi juicio, la lectura enriquece sin necesidad de poseer un conocimiento exhaustivo de Aristóteles. Felicito al profesor Marcelo D. Boeri y a la editorial Colihue por este estupendo trabajo.

Miguel MARTÍ

Leonardo POLO, *Lecciones de ética*, Presentación de Juan Fernando Sellés, Pamplona: Eunsa, 2013, 192 pp., 15 x 22, ISBN 978-84-313-2901-3.

El último libro publicado por Leonardo Polo ha sido este *Lecciones de ética*. Recoge en lo sustancial las clases que impartió el curso 1980-1981 a los alumnos de la especialidad de filosofía. Se trata cierta-

mente de un curso en buena medida introductorio, pero para D. Leonardo no hay introducciones: de entrada se plantean todos los problemas y se intenta una solución global. Ciertamente no se tratan con dete-

nimiento cuestiones técnicas, pero no he leído muchos libros que ofrezcan un panorama tan amplio y tan preciso de la ética, que la encuadren de manera tan clara en el conjunto del saber y del actuar humano, y señalen su finalidad de modo tan neto.

El autor, que es conocido por sus valiosos y originales trabajos en teoría del conocimiento, en metafísica y antropología, se siente en la necesidad de definir el terreno donde han de moverse estas páginas. De este modo, se apunta a la voluntad: no es lo más alto del hombre, pero no admite una abstracción excesiva, ya que se refiere a la acción, y en ella no todo es analíticamente racional. El autor se refiere a una tesis tomista de raigambre socrática y agustiniana: «el hombre aspira a lo más perfecto, pero no sabe lo que es lo más perfecto». El hombre es una aspiración infinita, pero la inteligencia no posee a Dios. El ser humano no puede decir nunca basta, debe arriesgarse, comprometerse, rectificar: el fin está siempre presente y la razón puede conocerlo si se dejar corregir constantemente.

Polo señala la necesidad del concepto de la voluntad, así como las limitaciones de su tratamiento clásico y su desenfoque nietzscheano. La voluntad trata de la intención de otro que comparece siempre en la acción humana. Así aparecen los temas decisivos: la acción racional humana no es sólo intelectual, sino que ha de transformar el mundo para servir a los demás. La acción humana es necesaria para los hombres, porque no hay hombres solitarios, porque necesitamos crear nuestras propias condiciones de vida, porque nuestras acciones han de ajustarse a los mecanismos del mundo y sus resultados no están asegurados de antemano. Así, la acción humana se estructura de acuerdo a la relación entre medios y fin. Pero la organización del mundo de los medios y su articulación temporal nunca están definitivamente logrados: es menester renovarlos continua-

mente. Eso significa que uno no puede vivir de repeticiones, sino que debe inventar, recrear, innovar; uno tiene siempre la necesidad de decidir a cada momento antes de dejarse llevar por el río de la vida que no tiene término ni va a ningún lado.

Pero ese aprender tiene una estructura: el hombre recibe una cultura específica que posee unas posibilidades factivas, y actuando abre nuevas posibilidades y aparecen nuevos horizontes en la vida humana. Por eso la cultura, la historia y la sociedad no tienen culminación intrínseca, es decir, siempre se nos presentan como desequilibradas y poco armónicas, cuando no con auténticos caracteres de crisis e, incluso, de decadencia. Justamente por esa razón, el hombre no se agota ni en la elaboración de instrumentos culturales, ni en las situaciones históricas en las que se encuentra, ni en la sociedad a que pertenece. «La libertad es aquella manera de ser que es capaz de hallarse en una situación sin confundirse con ella» (p. 135).

La ética contiene tres grandes nociones inseparables: virtudes, normas y bienes. Los bienes es su primera tarea, pero no basta tratarlos, porque hay muchos y se encuentran estructurados de maneras complejas. A esa estructura responden las normas. Además sólo con bienes no podríamos entender nada del mal, ni rectificar la acción. Una ética exclusiva de bienes conduce paradójicamente a una ética de no-bienes. Además, aunque tendemos al bien, si esa tendencia no se refuerza puede deteriorarse con facilidad. Una ética sin bienes no sería ética, pero si sólo trata con bienes es una ética deficitaria. Tampoco tiene sentido una ética sólo de normas: su rigidez impediría una acción libre suficientemente sensible a las diferencias y capaz de innovación y crecimiento. Por esa razón, las virtudes son imprescindibles si se quiere salir de la mediocridad que imponen las normas; sin fortaleza y templanza no podría haber bienes en sentido propio.

Una ética de bienes acabaría en bienes inmediatos y produciría un conformismo mediocre, porque las tendencias se acaban muy pronto. Es preciso crecer, y para ello es necesario información, control y preferencias y a ello contribuyen decisivamente las virtudes: «no sólo puede querer algo sino que puede quererlo mejor. No sólo puede ser libre sino que puede ser más libre» (p. 160). Las virtudes forman un sistema en el que cada una exige las demás. En el centro del sistema se encuentra la prudencia. Sin embargo, conviene no olvidar que en el principio se encuentra ya el final: la templanza es la primera de las virtudes, porque sin cierta armonía interior del sujeto libre no puede haber acción racional. Pero la templanza mira también al amor, al amor de sí –la propia plenitud– y al amor a los demás –la propia plenitud se dirige a un mejor servicio a los demás– y el amor de Dios –el bien más alto–.

Permítaseme, para terminar, un texto de la última página del libro que expresa muy bien el estilo del autor: «Con esto enlazamos con lo más alto de la ética: el amor, que es lo único en el hombre que está a la altura de la contemplación. Todo tender es un amar, pero puede ser imperfecto... Cuidar el amor... Si se vive el amor sin condiciones, se puede renunciar incluso a la propia vida. La ética vincula virtud-bien con el fin, y el fin es amar. Aferrarse al bien es la felicidad, pero no la clave básica, sino la culminación, lo que San Agustín llamaba *ordo amoris*... Sin razón de otro el amor es imposible. El amor perfecto ya no tiende, porque goza de la posesión; se sigue manteniendo la razón de otro... Lo que hace que la vida humana tenga derroche de sentido es el amor. Luego lo más grandioso es amar y renunciar a ello es lo más anti-ético» (p. 182).

Enrique MOROS

Romano GUARDINI, *Tres escritos sobre la universidad*, Edición y traducción de Sergio Sánchez-Migallón, Pamplona: Eunsa, 2012, 81 pp., 15 x 21,5, ISBN 978-84-313-2844-3.

Presentamos este libro de R. Guardini que contiene tres escritos breves sobre su idea de lo que es la universidad, los cuales comparten la misma preocupación por el sentido y la misión universitaria, a saber, la búsqueda de la verdad.

El primer texto, *Homilía en la Misa de inauguración del semestre académico de 1949*, es una predicación inédita pronunciada en la iglesia universitaria S. Ludwig, de Munich. En este contexto, a la luz de Dios, reflexiona sobre la misión de la universidad. Más allá de ser el modo ordinario para obtener una capacitación y los conocimientos necesarios con vistas a ejercer una profesión futura, el fin último de la universidad

consiste en conocer la verdad por sí misma. En línea con Sócrates y Platón, el propio Guardini supera toda mirada escéptica o relativa, parcial, para situar en este alcance último y absoluto el objetivo auténtico de dicha institución. Si la universidad no quiere convertirse en algo que no es, no debe ni puede renunciar a esta altísima vocación, pues en ella radica su identidad.

En el carácter absoluto y absolutamente fundante de la verdad, descubre Guardini su dimensión religiosa: en su contingencia y finitud, las cosas remiten inevitablemente a su eterno arquetipo, a su divino hacedor. Tras las verdades penúltimas intuye el espíritu humano la verdad definitiva y eterna: a